

CARLOS CRIVELL REYES

**PREGÓN DE LAS GLORIAS  
DE LA CIUDAD DE SEVILLA**

S.M.P.I. Catedral de Sevilla, 30 de Abril de 2014

Depósito Legal: SE-949-2014

Edita:

Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad  
de Sevilla

Diseño y Maquetación:

Impresiones Ordás

Imprime:

Impresiones Ordás

## PRESENTACIÓN

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo Auxiliar  
Excelentísimo Sr. Alcalde,  
Ilustrísimo Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo General  
de Hermandades y Cofradías,  
Autoridades, Sras., Sres.,  
Cofrades de Sevilla,  
Querido Carlos,

Estar en la Catedral de Sevilla produce siempre estremecimiento y supone una emoción inefable: *“que se labre otra Iglesia, tal e tan buena, que no haya otra su igual”*, lo reza el acuerdo Capitular de 1.401; y sin duda, señoras y señores, no la hay.

Hace tan solo unos días, este mismo lugar se convertía en la gran estación de tránsito por donde pasan todas la cofradías de Sevilla.

Pasos de palio, misterios, crucificados y Nazarenos atravesaron estas naves, acompañados de nazarenos abrumados bajo el peso de la cruz redentora, bajo las altas bóvedas que hacen que no sepamos si estamos en el interior de la Magna Hispalensis o bajo la bóveda celeste de la noche.

No se hubiera podido elegir un lugar mejor para pregonar el tiempo de las Glorias en Sevilla.

Estamos en una Catedral en dónde la piedad y la devoción Mariana son verdaderamente proverbiales; como estamos en la ciudad de María Santísima, el número de vírgenes que en la Catedral aparecen es sencillamente inabarcable, empezando por la Virgen de los Reyes, nuestra bendita patrona, y siguiendo con la Virgen de la Sede, titular de la Catedral, la Virgen de las Batallas, que tantas veces acompañó al santo Rey, y terminando

con las Inmaculadas que aquí se veneran y cuyo ejemplo más sevillano pueden contemplar delante justo de ustedes si alzan la mirada: ver a la Macarena transformada en María Inmaculada es sencillamente sublime.

Fueron, hace siglos, las grandes devociones de la ciudad, en un tiempo en el que su esplendor estaba muy por encima de las propias cofradías de penitencia.

Las advocaciones de gloria de Sevilla eran la luz que iluminaban los barrios de una punta a otra de la ciudad. Hasta tal punto que si alguien decía: San Bartolomé, Nervión, San Isidoro, el Mercado de la Feria o la Puerta Real, en seguida, se venía a la mente la Virgen de la Alegría, el Sagrado Corazón, la Salud, la Reina de Todos los Santos o las Mercedes.

Antes de que a finales del siglo XIX comenzaran los movimientos asociacionistas en las ciudades europeas, las hermandades de Sevilla tenían cogida la ventaja. Sobre todo las hermandades de gloria, tan poderosas que eran capaces de vertebrar la misma vida de las collaciones de la ciudad.

Eran referentes devocionales incuestionables en sus barrios. Presidían el día a día de los sevillanos como presidían las casas que había en torno a las parroquias en las que habitaban estas imágenes sagradas.

Sus nombres eran lo primero que pronunciaban muchos niños después de ser presentados a ellas tras sus bautizos; y sus esplendorosas procesiones, el primer recuerdo que guardaban de su infancia, en unos barrios engalanados con colchas en los balcones, alegres músicas tras los pasos y luminarias en las torres de los templos.

Ese esplendor fue desvaneciéndose en el tiempo. Los pasos se ocultaron bajo sábanas en los almacenes de las parroquias. Los mantos, doblados en arcones. Y las coronas, en las vitrinas de las sacristías. Los avatares históricos robaron el esplendor de las glorias de Sevilla, y la devoción hacia estas imágenes quedó adormecida en los altares de las iglesias que tantas oraciones recogieron a lo largo de los siglos.

Pero el amor, que es más fuerte que la muerte, también vence al tiempo y al olvido. Nunca se apagó del todo la llama de estas devociones que, desde la década de los 80 del pasado siglo, fue reavivada gracias a una irrepetible generación de cofrades que trabajaron y se esforzaron por recuperar el importante legado histórico, devocional y artístico de unas corporaciones que pertenecen no solo a la memoria de sus devotos, sino de toda la ciudad.

El futuro de las corporaciones de gloria depende la preservación de su pasado. Días como hoy son el momento perfecto para dar las gracias a esas personas silenciosas, sencillas y devotas que sacrificaron y siguen sacrificando buena parte de su vida por mantener en su verdad más auténtica nuestras antiguas corporaciones. Tenemos muchos y muy buenos ejemplos de estos cofrades entre las hermandades de gloria.

Permítanme que tenga un especial recuerdo para Juan Martínez Alcalde, felizmente recuperado de su delicado estado de salud, que personifica mejor que nadie este perfil de los cofrades de gloria. Sus investigaciones, recogidas en sus espléndidos Anales de las Hermandades de Gloria, bien le han valido la fama de ser “el Bermejo” de las corporaciones letíficas, poniendo de relieve aquello que sólo se guardaba en los archivos de estas modestas hermandades.

Personas como Juan Martínez Alcalde merecen nuestra gratitud, sí, porque mucho se habla de la “crisis en las hermandades”, mucho se critica a los cofrades que se pierden más en detalles absurdos y banales que en lo verdaderamente importante; y puede que tengan razón. Pero no debemos olvidar una cosa: hay hermandades y devociones de gloria que se han mantenido gracias a la honda e incansable labor que han realizado sus hermanos movidos solo por el amor a estas corporaciones. Y es que en ellas no hay muchedumbres ni, en la mayoría de los casos, reconocimientos, solo una leal y honda fidelidad que es el mejor escudo que tienen para combatir el injusto olvido.

Entiendan mis palabras, si quieren, como un merecido “elogio de los cofrades de gloria”. Lo hago en nombre de la ciudad que les debe a ellos que no se haya perdido la raíz devocional y la memoria sentimental de tantos barrios de Sevilla.

Quien no lo haya hecho aún, que vaya a ver la Pastora por Santa Marina, San Vicente o Triana, a la Hiniesta por San Julián, a Valvanera por la Calzada, al Carmen por San Gil, San Leandro, Santa Catalina o la Alameda, al Rosario por San Gil, San Román o Triana. Al Amparo por la Magdalena o a la Pura y Limpia cualquier día del año en su capillita del Postigo.

Y contemplándolas, y admirándolas, díganme si es o no justo que se les reconozca y elogie a esos cofrades anónimos por conservar lo que en todos estos barrios, tantos siglos después de que nacieran, se conserva como su más emocionante memoria.

Por ellos, y para ellos, tiene sentido este Pregón de las Glorias, este año congregados por la bellísima Pastora de San Antonio, una de las grandes joyas devocionales de ese histórico barrio de San Vicente, redescubierta por tantos cofrades tras su

designación para presidir este acto. Un acto cuyo protagonista tiene un nombre y una historia:

Carlos Crivell Reyes nació el 24 de junio del año 1980. Por aquel entonces sus padres vivían en la calle Medina del barrio de San Lorenzo, pero al año de vida se trasladan a la que ha sido siempre su casa y su barrio, la calle Trastamara de la zona de plaza de Armas en el barrio de la Magdalena, junto al Arenal y Triana. En la calle Pastor y Landero vivió su familia paterna y nació su padre, en la habitación que da justo a la esquina entre dicha calle y Adriano, frente a la Maestranza. Cursó sus estudios desde la EGB hasta COU en los Salesianos de San Pedro (Triana), de donde viene su vinculación con el barrio y su devoción por María Auxiliadora, la “sentaita” de Triana, y Don Bosco.

Carlos compaginó sus estudios con el deporte, perteneciendo al equipo del Club Natación Sevilla, de su calle Trastamara, llegando a ser tercero de su edad en un campeonato de Andalucía. Esa afición por el deporte se ha mantenido hasta el día de hoy, ya que es un corredor habitual de las carreras populares, llegando a entrenar una media de 40-50 kilómetros a la semana.

Su padre, Carlos Crivell, nació en el Arenal y es Médico especialista del aparato digestivo, además de crítico taurino, que es su verdadera pasión. Su madre, Juana Reyes, nació en Salteras y es también médico del aparato digestivo. Tiene una hermana, Beatriz, licenciada en derecho y que es la Secretaria Interventora del Ayuntamiento de la Algaba.

Carlos Crivell está casado con María del Pilar Martínez, que pertenece a otras tantas hermandades: Santa Cruz, El Silencio, Los Panaderos, Las Cigarreras, el Pilar de San Pedro... Y ahora que trabaja a las mismas puertas del cielo en la Basílica de la Macarena, como ella misma dice, sus grandes devociones

son la Esperanza y el Cristo de la Sentencia, además de la Virgen del Rosario. Ya ven que entre los dos suman 10 hermandades y ninguna coincidente. Carlos pidió matrimonio a Pilar a los pies de la Virgen del Pilar Zaragoza y lo refrendó a los pies del Amparo en la Magdalena, donde se casó el 27 de octubre de 2012.

Carlos Crivell es licenciado en Ciencias de la Comunicación, en la especialidad de periodismo, y tiene un máster de comunicación empresarial de la CEA.

Desde el mismo año en que comenzó la carrera, en el año 1999, comenzó a trabajar en medios de comunicación como la Cope, El Mundo y Onda Giralda, además del gabinete de comunicación de Telefónica y de la empresa Agua y Gestión. En el año 2006 entró a formar parte del equipo de campaña de Juan Ignacio Zoido, estando en el gabinete de prensa del grupo popular durante los años de la oposición. Desde el año 2011 es el coordinador de comunicación del Ayuntamiento de Sevilla y responsable de Internet y Redes Sociales del Alcalde.

Carlos es autor de la tesina “Evolución y análisis de los programas radiofónicos de Semana Santa en Sevilla” y ha sido director del programa cofrade Candelería, de la cadena COPE. Ha realizado retransmisiones radiofónicas de Semana Santa para la Cope y Onda San Pablo, dirigiendo la retransmisión de Onda Giralda en el año 2004. También ha colaborado con La Pasión Digital y Artesacro, y en multitud de boletines de hermandades, entre los que podemos destacar el de la Hermandad del Amor, en el que fue miembro de su redacción.

Carlos es hermano de la Carretería desde su nacimiento, habiendo efectuado su primera salida procesional en la barriga de su madre detrás del palio del Mayor Dolor en su Soledad cuando su padre salía de costalero. En La Carretería ha salido

prácticamente de todo: de monaguillo, de naveta, de nazareno con cirio, portando distintas insignias, y este año de cirio apagado junto a su padre tras el impresionante barco carretero. A los 9 años su abuela, Paquita Charneco, lo apuntó al Baratillo, la otra hermandad del barrio, para que pudiera salir de nazareno antes de hacer la comunión, pues en La carretería las normas lo impedían. Del Amor se hizo en el año 2004 para continuar la herencia familiar de su abuelo, Carlos Crivell Navarro, que fue hermano y miembro destacado de su junta de gobierno durante más de 20 años. Su devoción de Gloria es la patrona de su feligresía de la Magdalena, la Virgen del Amparo, de la que es hermano desde muy joven, habiendo sido un miembro activo del equipo de priostía y miembro auxiliar de su junta de gobierno. Además, por su vinculación materna con Salteras por parte de sus abuelos, Alfredo y Juana, es hermano de la Virgen de la Oliva, patrona del pueblo.

Carlos Crivell dio su primer pregón en el año 2010, concretamente el de la Virgen del Pilar de San Pedro. Ahí empezó su carrera hasta llegar al día de hoy. En 2011 dio el de la Semana Santa del Distrito Nervión en San Bernardo; En 2012 el de la Semana Santa de Valencina de la Concepción; y en 2013 el pregón de las Glorias de María de la Hermandad de la Paz.

Querido Carlos, quiero que sepas que para mí ha supuesto un enorme esfuerzo escribir esta presentación. Intentar transmitir con palabras la emoción que supone presentarte como Pregonero de las Glorias ha sido realmente complicado. Compartimos muchas cosas en la vida, pero la más importante es el amor que sentimos por las cosas de nuestra ciudad y especialmente por nuestras tradiciones; sabes que te dije muchas veces que algún día pregonarías las Glorias, que algún día le dirías lo que sientes a la señora de la Magdalena y a nuestra Patrona, las dos grandes devociones de Gloria que compartimos en nuestro corazón.

Pues ese día ha llegado y además te presento yo, tu amigo, y aquí en la Catedral donde mora, la reina de Sevilla, la que por ella reinan los Reyes. Parece ser, querido Carlos, que los sueños de vez en cuando se cumplen y el tuyo y el mío se ha cumplido Pregonero de las Glorias de Sevilla.

Querido Carlos, tuya es palabra, hablanos de la Gloria, hablanos de Sevilla, hablanos de María, la Madre de Dios.

Gracias.

Gregorio Serrano  
Teniente de Alcalde delegado  
Empleo, Economía, Fiestas Mayores y Turismo

**Gabriel:** ¡Dios no existe! A veces me da la sensación, Señora, de que para algunos hombres, Dios, que es el amor supremo, no existe, o ha dejado de existir. O si no cómo se entiende que unos jóvenes desalmados sean capaces de matar, Marta en un macabro juego de palabras, y sigan torturando a los padres sin mostrar dolor ni arrepentimiento.

O cómo se explica que aquellos que cometieron los peores crímenes, y que ahora están libres en la calle y presentes en las instituciones, se ufanen y alardeen ante unas víctimas a las que vuelven a despreciar cada día.

¿Se puede llegar a comprender que quitar la vida al no nacido se haya convertido en un pretendido derecho social?... Dime, ¿está Dios, el amor puro e incondicional, en el corazón de los hombres?

**Señora:** El mal, querido Gabriel, ha existido desde el principio de los tiempos. Dios, en su infinita bondad, hizo al ser humano libre, tan libre que le dio la opción de escoger entre el bien y el pecado, porque no impone ni somete. Es cierto que muchos se abandonan al egoísmo, a la mentira, y a la violencia más primitiva, pero ¡no temas!, no todo está perdido, pues son multitud, y así lo veo en sus oraciones, las personas de corazón abierto y desprendido que son felices haciendo feliz a los demás.

Incluso otros encuentran, al final de una vida oscura y vacía, la luz del amor divino. Los caminos de Dios son inescrutables, querido Arcángel.

**Gabriel:** No lo dudo, Señora, hay una humanidad que se echa en los brazos del egoísmo, la soberbia y la envidia, y que rinde pleitesía a los ídolos del poder y la riqueza sin escrúpulos, pero hay otra... Hay otra que glorifica a Dios con su vida.

**Señora:** Nadie dijo que la lucha contra el mal fuera fácil, Arcángel mensajero, pero existe la esperanza. Yo misma dejé en la tierra esperanza, y la ofrezco a aquel que me la pide cada día. Yo soy la Esperanza Gabriel, que nunca se cansa de esperar y de creer en la bondad del hombre. Soy la Alegría de los que confían en la salvación futura, y la Salud del alma de aquellos que caminan por la senda de la entrega, y que no piden nada a cambio por amar. Soy el Amparo de las buenas personas, de los que quieren y se preocupan por las miserias de los demás, y el Auxilio de los que alguna vez cayeron, y se vuelven a levantar. Soy el Rocío fresco de los que andan sin descanso para encontrarse con la oración sentida, romeros de la cristiandad más profunda.

¡Claro que hay esperanza, como han demostrado Todos los Santos que labraron el reino de los cielos en la tierra a lo largo de la historia!

**Gabriel:** ¿Y por qué no vamos a comprobarlo señora?

**Señora:** ¿Cómo dices Gabriel?

**Gabriel:** ¡Que me gustaría bajar a la tierra para sentir de cerca la fuerza de las creencias más hondas, la verdad de la bondad más pura, la entrega de la caridad sin límites, y la autenticidad de las tradiciones y devociones...!

Acompáñame, conozco un lugar...

Vamos a comprobar cómo brota la Fe en el pueblo humilde que se une en sus hermandades. Aquel que vive en su barrio y da testimonio de sus creencias en la calle sin presumir de oros ni platas, ni tejidos bordados ni pinturas lacadas. Aquel que no tiene mantos de ensueño ni varas doradas, ni palios como cielos, ni coronas enjovadas. Y las flores y la cera son lujos que, a veces, a duras penas paga. Es el pueblo más afortunado, porque sus mayores riquezas no las ha pagado. Heredero de la devoción de sus antepasados que ha sabido mantener, a pesar de las dificultades, encendido el fervor de las cuentas del Rosario, o el orgullo de pertenecer al sagrado rebaño de la Pastora, o el recuerdo del Carmelo después de 750 años.

Conozco un lugar...

¡Acompáñame Señora!, te llevaré de la mano a recorrer los rincones ocultos de una ciudad donde la Fe es entendida por el ímpetu de lo popular y lo mundano, con sus grandezas y miserias, con sus risas y sus llantos, de escasa medida, pero consecuente y honesta, valiente, sin pretensiones ni alharacas, donde el “¡Viva!” o el “beso” son el mejor tratado teológico y la oración más profunda donde se resume todo un credo.

Conozco un lugar... ¡Ven Señora, que quiero enseñártelo!

**Señora:** Vayamos, Arcángel Gabriel, pero dime, ¿cuál es ese rincón donde se sabe que la Fe no ha muerto, y se respira la gracia en sus calles, en sus plazas y en sus templos?

**Gabriel:** Señora, bajaremos a Sevilla...

Que tiene una corte celestial de hombres y mujeres que levantaron el Reino de Dios en las tierras del Guadalquivir. Yo he visto a ese ejército marchar con paso marcial por el cielo, al son de una centuria romana, de músicos cigarreros y Tres Caídas de Triana.

Viene esa legión divina con estandartes y banderas al viento, que proclaman el “Nomadejado” del Rey Alfonso Décimo.

Y abren paso, los heraldos de la sevillanía, Seises y Carráncanos que anuncian con danzas y cánticos la grandeza y la bondad de los soldados.

Y al frente, el primer batallón de la entrega y el amor compuesto por las Hermanas de la Cruz, con Sor Ángela y María de la Purísima, junto a Miguel de Mañara sirviendo a sus nobles señores, los pobres.

Tras ellos, sosteniendo la “Turrís Fortíssima” de la Fe, Justa y Rufina, mártires alfareras y primeras cristianas, que vienen escoltadas por San Isidoro y San Leandro, padres de la Iglesia sevillana con Don Remondo, tras la invasión musulmana.

Miles de tropas los acompañan, cristianos y cofrades de Gloria que defendieron la Inmaculada antes que Roma lo proclamara. Levantan sus espadas del voto en defensa de la Pura y Limpia, y presumen orgullosos, junto a Fray Isidoro de Sevilla, de ser los primeros en honrar y venerar a la Virgen como Divina Pastora de las Almas. Y también fueron los primeros en organizar un Besamanos, al igual que felicitaban a las reinas en su día, no siendo la suya otra reina que la Esperanza Macarena.

Y cierra este ejército sevillano de la bondad y la caridad el escuadrón mariano con el Rey San Fernando, que se postra ante la Virgen de los Reyes, patrona, protectora y guarda de Sevilla.

A esa ciudad bajaremos, que hasta en su escudo lo proclama con orgullo y devoción. Noble y leal vieja dama, heroica e invicta en sus armas, también en su título Sevilla es Inmaculada, Pastora, Carmen y Rosario; Alegría, Luz, Salud y Amparo; Valvanera, Guadalupe, Cabeza y Todos los Santos; Auxiliadora, Nieves, Mercedes y Encarnación; Prado, Sierra, Patrocinio y Montemayor; Araceli, Juncal, Hiniesta y Anunciación; Desamparados, Rocío, De la Antigua, y del Mar, Divina Enfermera, Pilar, Candelaria e Inmaculado Corazón, todas con la Virgen de los Reyes, en una sola advocación.

¡Bajaremos a palpar en sus entrañas  
la Gloria de Dios en Sevilla,  
ciudad Mariana!

**Fraile:** ¿Quién anda ahí? ¿Quién osa a perturbar mi sueño?

Gabriel: No queremos molestarte fraile, me llamo Gabriel y ella es María. Somos dos viajeros que llegamos atraídos por la curiosidad de conocer esa revelación de la que tanto se habla en estas tierras, y que muestra a la Virgen con manta, zahones, piel ovina, y unas abarcas y sombrero, junto al cayado que guía a los pequeños borregos. Dicen, Fraile Isidoro, que has recibido una visión del cielo, para venerar a María en su labor de pastoreo, sublime metáfora del rebaño humano que es protegido por la guía más humilde y sencilla de la creación.

**Fraile:** ¡No ha habido revelación ninguna!, tan sólo un pequeño éxtasis espiritual mientras oraba en esta pequeña iglesia conventual de los capuchinos. Fue el pasado 24 de junio, día de San Juan, cuando soñé con la virgen santísima en su redil celestial. Y el pincel prodigioso de Miguel de Tovar hizo este lienzo milagroso, que se dio a conocer en la Alameda en la fiesta de su Natividad.

¡La devoción ha sido grande!, quedando el pueblo de Sevilla tan conmovido e impresionado por la nueva advocación que ya he tenido que redactar las reglas de una hermandad. La nueva imagen de la Virgen se extiende rápido por la ciudad, donde ha prendido una llama que abre los corazones, dóciles como ovejas, ante el candor y la ternura maternal.

Esta es la humilde historia de un fraile capuchino, que sólo se ha dejado guiar por los designios de Dios, para proclamar a la Virgen Madre del Buen Pastor de su rebaño universal.

**Gabriel:** ¡Por eso hemos venido Fraile!, porque en Sevilla ha sido, en este año del señor de 1703, la primera vez que se ha representado y venerado a María como pastora, Divina Pastora de las Almas...

**Fraile:** Tienes razón. Un soplo de aire fresco quedó atrapado en mi sueño. De aquel que peina los campos, y da vida al árbol inquieto, y mueve el fruto esperado para ser dulce alfombra en el suelo. De aquel que susurra al oído y es único compañero, cuando la soledad abraza al tiempo que cae pausado, mientras el pasto y el cordero van los dos entendiendo su destino. De aquel que se cuela en el zurrón, y da Fe por los siglos de la más antigua labor de orientar y proteger al animal, en el camino para alcanzar la tierra prometida, la del alimento, la de la vida. De aquel que a veces es tormento y es cortado con el báculo para apartar del oscuro desfiladero a su camada. Un soplo de aire fresco quedó atrapado en mi sueño que hizo mover el pincel de los sentidos en el lienzo, y crear el mayor destello que unos ojos hayan visto. Ternura, humildad, protección, campo, sombrero, rosa y lirio, de Sevilla al mundo, en un soplo de aire fresco.

¡Id con Dios hermanos, y dejadme seguir soñando, que yo ya sueño despierto con estar en la Gloria de su rebaño!

Gabriel: ¡Vámonos Señora, dejemos a este buen hombre y crucemos las puertas del tiempo! He querido regresar al origen, a donde nació la Pastora en un pequeño convento capuchino del siglo XVIII.

Ahora estamos en la Sevilla de hoy, donde el sueño de aquel Fraile, miembro de la hermandad de Gloria de la Cruz del Baratillo, germinó en cuatro pétalos que florecieron sobre la piel de la

ciudad. Cuatro devociones bajo el mismo nombre de una madre a la que no le hacen falta mantos ni coronas de reina, porque su realeza hay que buscarla en lo sencillo, en el último escalón de la humildad que representa el pastor.

¿Ves señora cómo en Sevilla nació y se conserva la Fe más pura en Dios, como Buen Pastor de la humanidad?

**Señora:** ¿Y dónde dices Gabriel, que están esas cuatro devociones, que son orgullo de esta tierra pastoreña?

**Gabriel:** ¡Mira allí, al otro lado del río!, mira como pasea por las calles de Triana la niña de Santa Ana con sombrero, ¡y con que brío! Campanitas que suenan a gloria bajo el cielo septembrino, donde la salve intenta hacerse notar ante el estruendo de cohetes que saludan con alborozo a la patrona del deporte nacional.

**Señora:** ¿Y aquella Gabriel, que sale del mismo convento donde hemos estado, pero 3 siglos atrás en el tiempo?

**Gabriel:** ¿No oyes el júbilo señora? Los vencejos han salido a saludar a la que también es su madre, revoloteando por el patio conventual. Y muestran sus honores en un piar armonioso, sonido y canción de la primavera, al ver en su mano al pajarillo más dichoso, pues se ha posado en la más bella de las flores del campo. Pero hay algo de dolor en ese piar hermoso, que el Buen Pastor les recuerda al cargar un corderillo sobre sus hombros, que pronto soportará la cruz de los pecados del hombre para morir en ella, como vieron hace unas semanas por San Lorenzo. Un dolor apacentado por la mano pastoreña de la esperanza.

Hay bullicio, hay consuelo, hay sevillanas y estallidos en el cielo. Hay oraciones, farolillos y mantones en las calles adornadas, vítores y salves a la que es sueño de Capuchinos, pastora coronada.

**Señora:** ¿Y allí Arcángel? ¿De dónde viene ese alborozo? ¿Qué cantan y recitan los devotos?

**Gabriel:** ¿Aquella? Aquella es la primitiva hermandad de la Divina Pastora, la que fundara Fray Isidoro para quedarse en Santa Marina, hasta que el odio y la sin razón de algunos la obligara a buscar cobijo en el laberinto de callejuelas que forman el corazón de Sevilla, en el antiguo Hospital de Viejos de la calle Amparo.

Desde allí ha dado forma a toda una liturgia procesional que se ha extendido por todos los rincones de Andalucía.

Y que llega al culmen en su calle, donde salen a su encuentro las flores que llueven de la noche, los faroles y guirnaldas, las banderas de colores, los fuegos, fervorines, los coros y las marchas, para desatar los suspiros del alma, las oraciones encendidas, el fervor incontenible y la emoción desbordada. Aquí, señora, te pensaron por primera vez, vestida a la antigua usanza con los ropajes de la humildad y la sencillez, para pedirte guía y protección en el camino que conduce hasta Dios. Que bien pensada estaría, al ver la locura divina, que desata en los corazones, la Pastora de Santa Marina.

**Señora:** ¿Y esa última Gabriel? ¿De dónde viene?

**Gabriel:** Ven señora, que quiero que veas la pureza de esta

tierra en una de sus hermandades de Gloria que cuenta siglos de historia y de arraigo entre el pueblo. Fue nuestro amigo, el Padre Isidoro, el que también sembró la semilla pastoreña en San Lorenzo.

Al llegar el mes de mayo, dos abuelos ancianos vuelven a perderse por las estrechas callejuelas del barrio al llegar a San Antonio, por el camino que les conduce una memoria que retrocede en el tiempo para ganar algo de vida, y frenar la lenta agonía del que se sabe ya cerca de su destino. Entonces los dos, agarrados de la mano en la espera del encuentro con la Pastora, viajan de nuevo a la patria de todo hombre, que es su infancia, y se ven correteando por aquel San Lorenzo perdido de pillerías de niños, de primaveras eternas en la plaza, de largas veladas de puertas abiertas con vecinos, y atardeceres mágicos bañados con la última luz del Aljarafe y aromas que llegan desde el río. Y sienten de nuevo el amor paterno entre juegos, la libertad de saberse protegidos y la felicidad en un mundo donde todo transcurre despacio, al compás de un reloj detenido.

Al llegar el mes de mayo, dos abuelos ancianos vuelven cada año al San Lorenzo perdido al mirar a la Pastora y recordar lo vivido. Y entre lágrimas silenciosas y nostalgias escondidas rezan a la que siempre está con ellos, desde que eran, apenas, dos chiquillos:

Dios te salve Pastora  
Fuente de hondos recuerdos  
Que al mirarla siempre añora  
El que fue niño en su seno  
Los pasos perdidos y las horas

En el redil de un convento  
Y de su mano redentora  
Se siente otra vez pastoreño  
Y renace siempre a la vida  
En el barrio de San Lorenzo.



Carlos Crivell Reyes

**Señora:** Sigamos nuestro camino, Arcángel Gabriel, que no tenemos mucho tiempo. ¿A dónde me llevas ahora en este paseo mundano por la Fe y la Gloria de Sevilla?

**Gabriel:** Ven señora, recorramos el camino de una antigua devoción nacida en los montes de Palestina, que se extendió al resto del mundo a través de los mares y océanos, Stella Maris en el firmamento ante los oscuros desvelos del hombre.

¡Crucemos el río!, que es un brazo del mar que se adentra hasta los mismos cimientos de sus muros y piedras. ¡Mira!, ¡hay un pescador junto a la capillita del puente!

**Pescador:** ¡Callaos!, silencio, que vuestras voces espantan a mis peces, y pescarlos son el único aliciente que me queda tras una vida sufrida y doliente en el mar, siempre en el mar que ha sido testigo paciente de mi existencia...

**Gabriel:** Perdone las molestias buen hombre... Andamos buscando la huella de la Virgen del Carmen en Sevilla, una devoción profunda y antigua...

**Pescador:** Quizá pueda ayudaros. Nuestros pies rozan las aguas que un día forjaron la historia de Europa y del Nuevo Mundo. Justo allí en frente, hace 500 años, se encontraba el mayor puerto de occidente, donde paraban grandes galeones que salían y llegaban desde América cargados de tesoros. Sevilla siempre fue marinera, y el Arenal el centro de un imperio donde pícaros y rufianes, nobles y comerciantes buscaban aventuras, sueños y riquezas. Presidiendo a lo lejos todo ese trajín comercial con las

Américas, un cuadro de la Virgen del Carmen sobre el antiguo puente de barcas, lienzo piadoso al que rezaban vecinos y visitantes, y quizá recogiera la última súplica de los condenados por la inquisición en el castillo de San Jorge.

Desde entonces, en la capillita del puente, la Virgen del Carmen da la bienvenida al arrabal, llave maestra que abre y cierra las devociones marianas al otro lado del río. El que pasa por el puente y no se santigua ante la Virgen pintada, ese ni sale ni entra, como Dios manda, del barrio de Triana.

**Gabriel:** ¿Y tú, como buen marinero debiste ser fiel devoto de Nuestra Señora del Monte Carmelo?

**Pescador:** Hubo un tiempo amigo, en el que el mar era mi tierra, mi sustento y mi bendita rutina. Al igual que la ciudad añora con cierta nostalgia su esplendor marinero, que la convirtió en el centro del mundo, yo tiemblo de emoción cuando me veo amollando la escota o calafateando las tablas de la barca en jornadas de sol a sol. La brisa incrustaba la sal en una piel ruda y resquebrajada que sólo latía al ritmo de las olas del mar.

Y al remontar a barlovento, la Virgen de la huerta del Carmen apaciguaba todas las dificultades, faro en la noche de San Leandro que ilumina de esperanza los contratiempos de las gentes humildes de un barrio que se entregan al Carmen y al Cristo de la Bondad. Del Monte Carmelo a las barriadas Macarenas, siempre al cuidado de aquellos que más necesitan su escapulario.

Eran muchas las noches en que tan sólo la luz de las estrellas permitía trabajar con la jarcia del barco. En la oscuridad solo se oía susurrar al viento, y agarrado al trinquete oraba en la cubierta para que la faena fuera buena y nada se hundiera.

Hoy sé que unas de esas estrellas hacía que las noches sin luna jamás oscurecieran. Hay una estrella en San Gil que brilla más que ninguna al reflejar el cálido sol de julio en su carita pequeña. Es la niña de los mares, macarena como ninguna, patrona de la armada y reina sobre blanco manto carmelita, que en tiempos acompañara Santa Teresa y San Simón en gloriosa conversación. Hay una estrella en San Gil que nunca me dejó solo, en las frías noches de mar hostil.

Mástiles y velas vi abatirse, y más de un temporal capeé para salvar la nave en las largas temporadas en las que mis ojos no vieron pedazo de tierra alguno, ni un mísero fondeadero desabrigado, ni varadero que pisar.

Dicen que el mar enloquece si te acostumbras a observar, pero no estaba yo loco, ¡no!, al ver en él mi catedral de gran retablo verde, y las capillas para rezar, y el altar entre los peces, y las campanas en las olas chocar. No estaba loco, ¡no! Al dibujarse Santa Catalina en la superficie, anhelo cerrado y vergüenza de la ciudad, y sentir las bambalinas del Carmen a compás del himno andaluz, en su barco de plata. Que no estaba loco, ¡no! al levar el ancla y ver su pectoral, en una mano el cetro, y en la otra sonriendo el Niño Dios, verdadero escapulario que nos da, la Virgen del Carmen en Santa Catalina, marinera y capitana celestial.

**Gabriel:** ¿Y qué fue de todo aquello marinero? ¿Dónde quedó aquella Fe que se alimentó en la soledad de la faena marinera?

**Pescador:** Hoy sólo soy un pobre pescador de orillas y espumas de sal. Ya no limpio los motones, ni repaso imbornales, ni aseguro la botavara en travesías fluviales. Ahora me conformo con atrapar alguna Carpa, o quizá Barbos y Albuces, para soltarlos al agua.

Pero llevo tatuado en el alma la devoción al Carmen de Calatrava, rosa de los vientos que marca los rumbos de mis pasiones y templanzas, cirinea en el vía crucis, que lleva hasta la Cruz del Rodeo mis pecados y amarguras que se pierden en lontananza. Y cada año en la procesión por el Guadalquivir siento la brisa marina, y las olas acompasadas, y las tempestades sufridas, y las noches navegadas, y el crujir de la investida, del barco sobre el agua.

De aquel marino aventurero  
Nada queda en mi barca  
Tan solo un vago recuerdo  
Y una devoción desbordada  
Que al llegar el mes de julio  
A la Alameda sevillana  
Me siento honrado marinero  
Y vuelve a elevarse mi alma  
Al remar de costalero  
En el Carmen de Calatrava



**Mujer:** Rosa mística, ruega por nosotros; Torre de David, ruega por nosotros; Torre de marfil, ruega por nosotros; Casa de oro, ruega por nosotros...

**Gabriel:** Perdona que le interrumpa mujer, he oído que estabas rezando el rosario, y no me he podido contener. Me llamo Gabriel, y ella es María, y andamos buscando la devoción al Rosario en Sevilla. No sé si podrías ayudarnos...

**Mujer:** La devoción al Rosario en Sevilla, tan antigua, tan necesaria... todo empezó por la peste, aquella fatídica enfermedad que se llevó por delante a más de la mitad de la población en 1649. Ahí el rezo se hizo popular por sentimiento de culpa y protección frente a la tragedia.

Han pasado los siglos y sigue siendo una ayuda vital ante los reveses y penurias del hombre, como en mi caso, que se ha convertido en la luz que le falta a mis ojos para mirar.

**Gabriel:** ¡Oh!, lo siento mujer, no me había dado cuenta...

**Mujer:** No se preocupe. Mis ojos se apagaron siendo una niña y me sumí en un mundo de oscuridad y tristeza. Hoy con el tiempo sé que me hizo más daño la ceguera del alma que la de la vista, pues al perderla quedé envuelta en las tinieblas el odio y el rencor al no aceptar la nueva realidad, y comencé a despreciar aquello que me había hecho feliz, a pesar de que todo seguía estando conmigo.

El manto negro que cubrió mi ser fue matando poco a poco la alegría, el cariño, la bondad, la amistad, la comprensión, y ante

tal desesperación le pedí a Santa Lucía, abogada de las enfermedades de la vista, que me devolviese a la luz. Muchas tardes acudí a Santa Catalina, a postrarme ante la que sostiene sus ojos en una bandeja y la espada del martirio, hasta que el día menos pensado caí en la cuenta de que ya me había devuelto la visión, no la terrenal, sino la espiritual que me había ofrecido el rosario. Desde entonces lo sigo rezando, cada tarde, dando gracias a Dios por abrirme de nuevo los ojos a la vida, y a la Fe.

**Gabriel:** En ti, mujer, está la devoción al rosario. Que el señor te conserve la visión por muchos años. ¡María sigamos caminando!

**Mujer:** ¡Esperad! ¡No habéis oído cómo se reza el Rosario en Sevilla!

El fervor se respira en sus calles desde que aquellos cofrades de la Alegría y de la Luz salieran con una cruz por delante, faroles de asta y de mano alumbrando los coros, y un estandarte mariano presidiendo el rezo público. Y en el aire, los misterios gloriosos suenan por los viejos callejones de los barrios y collaciones, que guardan y cuidan con celo a su Virgen del Rosario.

En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén.

Primer misterio. La Resurrección del señor. Que es anunciada en el barrio León por su patrona, la Virgen de la Ventanilla, cuyo aroma desprende la ilusión de unos jóvenes que convirtieron un juego de pasitos en algo tan serio como una hermandad. Y ese mismo aroma arranca una sonrisa del anciano que pronto se sabe con ella, o la lágrima del otro que dice adiós a sus días en soledad. Aroma de emociones encontradas al contar el Rosario sus cuentas en el barrio León de Triana.

Y esa alegría por la Resurrección del señor es la misma que se desborda en octubre, al renacer el barrio de los Humeros, donde antes del amanecer vuelven a despertar las gentes del mar para navegar con aquella que sostiene y presenta a su Hijo triunfante ante la muerte.

Y sentada entre nardos y rosas reparte gracias el Rosario al pueblo humilde que la venera, da igual si en un altar, en un paso, o en un modesto hueco del colegio de San Laureano.

Segundo misterio. La Ascensión del Señor, que es el gozo de Triana y de la Madre de Dios, escoltada por dos querubines bajo el cielo azul de Santa Ana. Dulce letanía rosariana, en la Gloria más antigua del arrabal, que anticipa el reino del cielo donde espera la divina eternidad.

Unas alpargatas gastadas rozan el suelo, y un viejo costal aguanta la trabajadera, cuando las fuerzas se van. No hay movimientos inútiles ni brusquedad, sólo el mimo del costalero, ¡duro con él valiente!, ¡Más cortitas esa “llamá”!, que sobre los pies van rezando a la voz del capataz.

Con el alma anda el Rosario, ¡Al cielo, “tos” por “iguá”!, mecida por la mejor cuadrilla, desde hace 60 años, patrona de capataces y costaleros de Sevilla.

Y en las tierras del antiguo Arenal, el Señor asciende en la Carretería, y en la capillita de Dos de Mayo sostiene un blanco Rosario enseñando el camino para llegar a su encuentro. Desde el origen del rezo, los sevillanos siempre acudieron a elevar sus plegarias al antiguo humilladero de la cruz, donde nació la co

fradía. Ni Napoleón, ni La Gloriosa, ni los intentos de quitarle su capilla pudieron cortar la flor más bella del Arenal, guarda y vigía de las Atarazanas, Rosario de amor maternal.

Tercer misterio. La venida del Espíritu Santo, que por pentecostés se posó en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles y María, Virgen del Rosario por primera vez en el convento dominico de San Pablo, en el siglo XV. A la que rezó Murillo y quizá inspirara para plasmar la ternura entre luces y sombras de la Virgen de El Escorial. Al Rosario en Sevilla le falta su cuenta más antigua, la que aguarda en la Magdalena y es protegida por Montserrat.

La Virgen del Rosario llega al convento del Espíritu Santo desde San Román, a la espera de poder hacerlo pronto desde su hogar. En la fría noche otoñal se ha parado el tiempo en la antigua collación decimonónica de casas señoriales y populares, de perros ladrando y niños jugando por sus calles, de pueblo dentro de la ciudad que festeja a lo grande el día de su patrona. Admirada por ricos y pobres, reyes, cardenales y plebeyos que alzan el gran estandarte, simpecado de gala de una hermandad en la Fe pujante, que hoy vuelve a vivir su esplendor de antaño por el ímpetu de sus hermanos del Carmen. En la fría noche otoñal se ha parado el tiempo, Rosario virgen divina, Madre perpetua del pueblo, que vive en Santa Catalina.

Cuarto misterio. La Asunción de la Santísima Virgen, que desde su trono celestial en San Vicente va pasando las cuentas de los siglos, vecina antigua de la calle que observa con mirada compasiva a sus fieles, de toda clase. Y con paso señorial, bajo los ecos del padre nuestro y el ave maría, la que es protectora de su

feligresía consagra el Rosario a los creyentes y descreídos desde el cielo de San Vicente, en una lluvia de letanías que alivian el espíritu y que cae, a veces, cuando más seca se encuentra la esperanza.

Y esa esperanza asciende a los cielos cada vez que un devoto medita el Rosario en el barrio de San Julián. La historia se estira y se pierde en los recovecos del tiempo, en esplendorosos cultos y procesiones, y en hojas en blanco que esconden caprichosamente una vida. Pero esto sucede, según el ímpetu valiente de sus hermanos, desde la misma conversión de San Marcos al culto cristiano, allá por el siglo XIII.

Desafiando a la historia y a su yugo hiriente de trabas y desafíos, la oración más completa suena con más afán al caer el mes de octubre por el barrio de San Julián, donde quiso quedarse la brisa, que en San Marcos naciera, entre plegarias benditas a María.

Quinto misterio. La Coronación de María Santísima, vestida de sol, la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre la cabeza de la Gloria macarena de la Virgen del Rosario. El nuevo Arca de la Alianza se abre en San Gil, donde habita la madre, suprema confianza en Dios y sendero de oración coronado de rosas en cada agradecimiento o petición. Los macarenos de corazón no entran en la Basílica sin girar el rostro a la derecha y cruzar los ojos ante un fino y sutil semblante que sabe mucho de sueños, fracasos, ilusiones, desgracias y alegrías confesadas en cada cuenta del Rosario, en cada lágrima vertida, o en cada beso sobre la mano.

Dicen que de vez en cuando se oye una musiquilla, allá a las afueras, en el atrio. Dulce canción de cuna tatareada despacio, nana de ojos cerrados, que duerme al niño pequeño, en el pecho sobre costado. Jesús sueña tranquilo, el niño sueña confiado, al escuchar en esa nana, la Fe que a un pueblo ha salvado. Es su madre que le cuenta lo más personal e íntimo de los vecinos del barrio, de la abuela que le pide por los nietos, del padre triste y agobiado, del joven que agradece sus estudios, y la madre enferma que se agarra al último palo. Dicen que de vez en cuando se oye una musiquilla, allá en el atrio. ¡Su Fe le has salvado!, por eso sueña tranquilo, el niño que está dormido, en los brazos del Rosario.

Ya podéis marcharos amigos, que esta pobre mujer invidente ha hablado, y en la nostalgia de siglos pasados surge la letanía a cada paso: barrio León, Humeros, San Julián, Arenal, Santa Catalina, Magdalena, San Vicente, Triana y la Macarena.

Son las cuentas unidas, en la cruz, que es la vida, del Rosario sevillano.



Pintura de la Virgen del Rosario realizada por José Miguel Luque

**Señora:** ¿Gabriel? ¿Gabriel? ¿Dónde estas?

**Gabriel:** ¡Perdón señora! Estaba despidiéndome de esta piadosa mujer, y le he regalado un rosario para que nunca deje de ver la luz verdadera que alumbra su ser.

**Señora:** Estoy impresionada de cómo mantienen su Fe en esta bendita tierra, a pesar de las dificultades, del nuevo relativismo y del “todo vale”. En otros lugares el desapego a las creencias religiosas y a la Iglesia es muy fuerte, pero aquí las hermanas

des y cofradías acercan a Dios a la gente, utilizando distintos caminos que conducen a un mismo destino. Si no fuera por esta religiosidad popular...

**Gabriel:** ¡Ay si no fuera por las cofradías, señora!

**Señora:** ¿Dónde vamos ahora, Arcángel?

**Juan:** Podrían entrar en esta capilla, donde aún late con vigor la antigua devoción mercedaria... Perdón que no me he presentado, mi nombre es Juan, y no he podido evitar escucharos hablar hace un momento. Yo podría ayudaros a seguir descubriendo los secretos más profundos de la espiritualidad de este pueblo...

**Gabriel:** Gracias Juan, somos Gabriel y María, y andamos recorriendo Sevilla, en su lado más profundo, para comprobar lo que siente, lo que admira, lo que cree...

Y dices que entremos en la capilla de Nuestra Señora de las Mercedes, según describe ese azulejo...

**Juan:** Estamos en una capilla que fue una estancia anexa a la muralla ocupada por los guardas de la antigua Puerta Real. Pero si echamos la vista más hacia atrás, veremos en este mismo lugar a las huestes del Rey Fernando III entrando en la ciudad por la que entonces era la Puerta de Goles. Banderas y estandartes del reino cristiano de Castilla y León que venían a recuperar el territorio de la cruz frente al Islam. Fueron aquellos caballeros catalanes del reino de Aragón quienes trajeron la Merced, y en un pequeño retablo en la puerta de la ciudad comenzó a nacer esta hermandad gracias a los mercedarios de San Laureano.

Tras una ventana de la antigua puerta aguarda la que es Merced y Redención para los cautivos, presos del pecado que sienten el alivio al santiguarse ante sus ojos. Y en los primeros días del otoño, aún con el verano dando sus últimos coletazos, una mocita de la Puerta Real va repartiendo gracias y mercedes en su paso, coronada por la pasión de unos devotos que nunca le abandonaron, y distinguida por el cariño y el fervor en forma de medalla de la ciudad. Y volverá tras la ventana, donde seguirá esperando a los reos de vicios y males mundanos para llenar los corazones, por siempre, mocita de la Puerta Real, de protección y consuelo mercedario.

**Gabriel:** ¡Alabada sea la Gloria sevillana! ¿Y esa Juan, que tan blanca y reluciente viene por calles sinuosas y estrechas?

**Juan:** Su dulce rostro, Gabriel, posee la blancura de un copo de nieve que ha vencido a la fuerza de Apolo para quedarse en uno de los lugares sagrados más antiguos de la vieja polis. Y al igual que apareció en la mismísima Roma en pleno mes de agosto, en la Puerta de la Carne hay nevadas milagrosas que cubren las

azoteas de los sentimientos y los tejados del alma, nevadas de sonrisa plena, nevadas de blanca calma, nevadas que confortan, y del paraíso son entrada.

Y la Virgen se pasea por la antigua judería, callejuelas musulmanas, al caer la noche eterna, solo por velas alumbrada. Un destello de pureza marcará la silueta del laberinto de callejas, rozará imposibles esquinas, se colará en el convento de las carmelitas que fundara Santa Teresa, se recreará en el frescor frondoso de los jardines pintados de verdes, blancos y malvas por Murillo, y al llegar de nuevo a casa, renacerá la nostalgia y el orgullo de

haber cumplido con la historia, convencidos de que nunca faltará la nieve redentora en Santa María la Blanca.

**Gabriel:** ¡Alabada sea la Gloria sevillana! ¿Y esa Juan, que no cabe entre paredes y ventanas, y trae tanto alborozo desde aquella torre lozana?

**Juan:** ¿Esa? Esa es Sevilla misma, la judía y la cristiana, la del siglo de Oro, barroca e Ilustrada. Y hasta un aire de romanticismo, impregnado en su estampa, sin reglas académicas ni racionalismos que valgan. Compendio de arte y devoción, es el canon de las Glorias en toda su procesión.

La Pasión y Muerte han pasado, suenan campanas de Resurrección, y la vieja ciudad de los judíos luce bañada por el sol. Entonces la mente viaja de nuevo a la casa grande, frente a la que fuera antigua sinagoga, donde un alborozo incontenido traspasa los muros del recuerdo. Son voces de niños que con su medalla al cuello juegan con los cirios ante la mirada cómo

plice de su abuelo. Y van rápidos a formar en la fila, que ya está saliendo la Virgen a la que un día los apuntaran de pequeño.

Hoy uno de esos niños llora feliz a su encuentro, y vuelve a coger su medalla, y aquel cirio de los sueños, orgullosa de que su abuelo le ensañara, al llegar el mes de María, a querer en su infancia a la Virgen de la Alegría, patrona de su casa.

**Gabriel:** ¡Alabada sea la Gloria sevillana! ¿Y esa Juan, que lleva en sus manos a un Niño Jesús tan gracioso, que parece querer salir del regazo materno?

**Juan:** ¡Ese es el chato! El vecino más antiguo de la Alfalfa, suelos donde surgió la Hispalis romana y se encontró el foro rodeado por la primera muralla. Y en el origen de la misma Spal, primitiva isla del lago Ligustino donde los fenicios levantaron las primeras cabañas, surgió la Costanilla para encumbrar a María, Salud de cuerpo y alma. Portentosa cruz de guía que abre las glorias tras la Semana Santa, y lo hace con la alegría de un tramo de niños que serán los guardianes del mejor patrimonio histórico, artístico y mariano para que no vuelva a dormir en la oscuridad de un retablo. La luz de mayo enciende de oro y hace brillar el paso, y al caer tras los muros del Salvador, el sol queda a su altura para despedirse hasta otro año. De rey a reina en un diálogo imaginado.

Al llegar al asilo de San Juan de Dios asoma al viejo balcón un señor trajeado. Se ha puesto sus mejores galas, como un novio que acude a una cita, o un cofrade el Domingo de Ramos. Espera impaciente, nervioso, solo... Y al quedar justo en frente se escapan de sus manos un puñado de flores, que ni siquiera

tocan el paso. Ya solo ve el azul de su manto, pero esa visita fugaz vencerá por un momento a la soledad que padece casi a diario. Ha sido un día grande y distinto con la mejor compañía, aunque sólo sea un suspiro que ha curado sus heridas por un ratito anhelado. Y ha sido Salud para su angustia de verse solo y abandonado.

Cuántas personas esperan, el cálido apretón de una mano, o la simple atención para no morir oculto y olvidado.

Y dentro de un año, volverá el señor trajeado al mismo balcón del asilo, donde por unos instantes la Salud inundará de felicidad su semblante, al saber que su agonía se agota y que al final tendrá siempre delante a la mejor compañía de Dios y su bendita madre.

**Gabriel:** ¡Alabada sea la Gloria sevillana! ¿Y esa Juan, que viene en un altar andante rodeada de santos y arcángeles?

**Juan:** Quien no ha visto a Todos los Santos, no ha visto la Gloria en la calle. Reina mediadora proclamada por el niño Jesús al extender su brazo, entre ambos sobran las palabras pues con dos miradas se entienden desde que allá en el siglo grande un imaginero flamenco bajara hasta la capital del imperio, para concebir tamaña obra de arte.

En el mes de los difuntos la alargada sombra del ciprés quiebra la tarde, que se enluta en los colores gélidos, en el tañer de las campanas y en la mirada melancólica del ayer. Es motivo de Gloria, pero hay algo en el aire que nos eleva a una contemplación más pausada, serena y reflexiva. Las melodías fúnebres y triunfantes cubren la noche de la calle Feria, y anticipan el fin

para que todo vuelva a empezar en el ciclo vital de la ciudad. Es en ese momento cuando la Virgen queda sola, despojada de todo ornamento y ajuar ante los santos, y el arcángel Gabriel de guardamanto.

¿Qué esconde la mirada de la Virgen, es sonrisa o tristeza lo de sus labios? ¿Qué anuncia Jesús en sus brazos, revolviéndose inquieto y apresurado? Quizá sus tormentos, quizá su calvario, o quizá le pide que interceda en su nombre.

Es tiempo de Gloria, pero hay algo en el aire... que no sé cómo llamarlo...

Enigmática sonrisa de Gioconda  
Que por los siglos seguirá mediando  
Las gracias que pide su pueblo  
A la Reina de Todos los Santos.

**Gabriel:** Gracias Juan, gracias por tu ayuda, y por tus explicaciones. Nos has presentado la Fe del pueblo en su estado más puro y verdadero. Por cierto Juan, ¿a qué hermandades perteneces? ¿Juan? ¿Estas ahí?

Se ha marchado Señora... qué tipo más misterioso...

**Señora:** Recuerda querido Gabriel, que los caminos de Dios son inescrutables.

**Gabriel:** Me hubiera gustado seguir hablando con él...

Perdone buen hombre, ¿conocía usted al señor que se encontraba aquí hace un momento junto a nosotros, y que con tanta pasión y fervor nos ha ido describiendo algunas de las principales hermandades de Gloria?

**Hombre:** ¿A Juan?, claro, lo conocemos todos en esta hermandad, y es conocido en todas por la gran labor de difusión y conocimiento que ha realizado a lo largo de su vida, buceando en los archivos para rescatar la historia, a veces desconocida, de unas hermandades que son historia viva de Sevilla.

Juan Martínez Alcalde, que es su nombre completo, es uno de los primeros historiadores del arte que salió de la Universidad, y en seguida tomó conciencia de que muchas cofradías de Gloria estaban dejadas de la mano de Dios. Quizá sus devociones de la Pastora de Santa Marina y el Amparo le influyeran a la hora de emprender una aventura entre libros y papeles para sacar a la luz esa Gloria que permanecía oculta. En los años 60 muchas de las corporaciones históricas estaban decaídas, prácticamen

te inactivas, pero el ímpetu y la ilusión de Juan contribuyeron a concienciar a las propias hermandades y a los sevillanos del enorme patrimonio que debía ser puesto en valor.

Hoy todos le damos las gracias y reconocemos su importante labor, pero lo que más valoran de Juan los que le conocen es su generosidad, su entrega desmedida, su ayuda, sus consejos, sus propuestas, y que piensa más en los demás que en sí mismo.

Juan ha salido de una grave enfermedad, y es tan buena persona que ha sufrido más por lo que haya podido dejar atrás que por su propio mal físico.

Hoy las Glorias tienen mucho que agradecerle, y también el pregonero de este año, que ha reconocido que sin su ayuda hubiera sido todo más complicado.

Y como es de bien nacido el ser agradecido, el Ayuntamiento, a petición de los cofrades, le va a dedicar una calle, para que su nombre perviva en su memoria y las generaciones futuras conozcan a aquel que rescató gran parte del patrimonio devocional mariano.

Este es el homenaje de Sevilla, por siempre agradecida, a Juan Martínez Alcalde.

**Gabriel:** Señora, sigamos nuestro camino, que ya va llegando a su fin, pero no quiero que nos marchemos sin ver lo que me contó un nuevo santo del cielo que ha subido a los altares hace solo tres días....

Es aquí, en este antiguo postigo de entrada y salida a la ciudad.

Me contó que era una imagen pequeña que irradiaba candidez y pureza, y no le faltaba razón. Dice que oró ante ella, Inmaculada Concepción, en su visita a Sevilla hace ahora 21 años.

Y fue de tanta hondura y emoción, que durante varios minutos los ojos cerró...

Y se vio en su catedral, que en su grandeza se recrea en las cosas pequeñas, adosada al pórtico donde bullía la vida junto a los mercaderes del aceite. Se vio en la noche de víspera immaculista entre coplillas y cánticos de tunas que proclaman la pureza de María. Se vio un día cualquiera, parándose tras la puerta de las rejas, para rezar un Dios te Salve a la que ha sido concebida sin pecado original.

El pasado domingo el Papa Francisco, el que ha puesto a los pobres como bandera del Evangelio, refrendó lo que el pueblo ya hizo tras morir al proclamarlo santo súbito. El santo al que Sevilla cantó, "Algo se muere en el alma", y que se postró ante los pies de la Inmaculada.

Me lo contó con pasión inusitada...

Dice que llegó a verla... de pureza  
Dice que notó calidez... o frío  
Dice que era la protección... materna  
Dice que fueron temblores... o brío  
Dice que al verla llegó paz... eterna  
Dice que nunca olvidó... lo sentido

Dicen que fue una fiesta... el Arenal  
Dicen que presumió... el Baratillo  
Dicen que hubo campanas... carreteras  
Dicen que la Caridad oró... al cielo  
Dicen que se oyó un ¡ole!...en la Maestranza  
Dicen que vibraron... en los tendidos  
Dicen que cuando se arrodilló... el Papa  
Ante la Pura y Limpia del Postigo



**Gabriel:** Ha llegado la hora de volver, Señora. No podemos permanecer más tiempo en esta ciudad. Otras tareas nos esperan después de este baño de Fe y de piedad popular.

Aunque, ¡espera!, creo que nos falta algo, alguna hermandad no ha salido, a parte de San José Obrero y San Antonio de Padua, gloria sevillana de rezos y plegarias por la intersección de los santos. Y creo que sé cuál es. ¡Es allí!, en la iglesia de uno de los más importantes conventos del pasado.

Buenas tardes joven, perdona que te interrumpamos, somos dos viajeros que hemos venido a conocer de cerca, cómo vive Sevilla la Fe, a través de sus devociones más antiguas y entrañables. Joven: Habéis venido al lugar indicado. Aquí radica una de ellas desde hace varios siglos. ¡Venid, acercaros!

Aquí está la protectora y guarda de la collación, desde que aquel terremoto de Lisboa sacudiera las entrañas de la tierra, y nada ocurriera hacia dentro y hacia fuera de los muros de esta parroquia.

Es la Virgen de mirada dulce y sonrisa sosegada, de párpados entre abiertos y tez sonrosada, que dirige hacia abajo unos ojos que ofrecen protección, al Niño Jesús, y a todo el que se acerca con la carga de sus pecados para agarrarse a su manto y pedir consuelo. La Gloria está en ella, antigua diosa tallada por el arte de un flamenco que quiso esculpir en su cuerpo el mejor Renacimiento. La Gloria está en ella, en sus manos que sostienen el corazón alado, en su camarín de azulejos y en su altar dorado en movimiento, que es su portentoso paso. La Gloria está en ella, con corona o sin corona, con adornos o sin ellos, de una

forma es reina de las almas, y de la otra madre que ofrece su amor eterno. La Gloria está en ella, que por sí sola se basta para anunciar el tiempo letífico de María, pues en su nombre y en su efigie están “todas en una y una en todas”.

La Gloria está en ella,  
la Gloria está en su mano,  
y ella en todas las Glorias.  
Sevilla y sus vírgenes,  
con mi Virgen del Amparo.

**Gabriel:** ¿Y cuándo dices que sale la procesión del Amparo?

**Joven:** La débil luz del otoño deja atrapado al tiempo en los relojes de sol de la iglesia, cuando cae la media tarde en la Magdalena. El aire hiela los cuerpos en el día en que todo se ha consumado para que todo vuelva a empezar.

Por la mañana he vuelto a ver brillar su cara por ese mismo sol que ahora se apaga. Se ha colado como siempre por una de las altas ventanas, y en el mismo sitio, a la misma hora, ha venido a cortejarla, y proclamar su grandeza, como si fuera el mismo Dios el que la señalara, “Hijo, aquí tienes a tu madre”.

La tarde se tiñe de melancolía con trazos de alegría, y de tristeza al notar la ausencia de hermanos como Daniel, que estará disfrutando con su pincel ante el verdadero rostro de la Madre. Y allí, absorto ante su paso, vuelvo a ver a aquel niño que disfrutaba la tarde de víspera con el bando, y después se vestía de monaguillo para alzar la cruz parroquial, que abría la procesión. Aquel niño se sentía el más importante, pues llegaba a cada calle abriendo el paso de la mejor cofradía, de la de su barrio.

Sigo recreándome en cada detalle, y veo a aquel joven adolescente vestido de acólito, de acompañante de verdaderos presbiteros, o con un solo cirio, en noviembre o en las dos mañanas de Corpus. O vestido de chaqué para presentarle, el día de su boda, a su mujer. Y al coger el libro de Reglas, vestido de pertiguero, comprendo que ella guarda el discurrir de mis años, con todos los sentimientos que le he ido acercando.

Se abren las puertas de la Parroquia, y el pertiguero del libro de Reglas sale orgulloso de que un día la Virgen fuera a su encuentro, y le dijera aquello de “La Virgen del Amparo te vería con agrado en su hermandad”. Y se volverá a parar el tiempo, y sonarán melodías perdidas, y brotarán las emociones íntimas, y su estela acariciará la noche más hermosa de la Magdalena.

Y te rezaré María  
en mi oscuridad, faro  
que busca el norte y me guía  
luz eterna del Amparo.

Gabriel: ¡Señora, señora! ¡Tenemos que irnos! ¡El Reino de Dios nos espera, no podemos permanecer más tiempo, aquí en la tierra. Ya hemos visto lo que queríamos, ya hemos conocido de cerca la Fe más pura de Sevilla. Hemos sentido de cerca la fuerza de las creencias más hondas, la verdad de la bondad más limpia y la autenticidad de las tradiciones y devociones!

¡Vamos señora, que el reino de Dios nos espera! ¡Sube conmigo!  
¡Señora, Señora!

Narrador: Y la Virgen miró al ángel diciendo:

Vete tú Gabriel,  
Que mi alma es del cielo,  
Pero en Sevilla está la Fe,  
y aquí para siempre me quedo.